

duque de Alba se la quitara, para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle, y las habilidades del mono.—Sea en buen hora, respondió el del parche; que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo:” y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego Don Quijote al ventero, qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traía. Á lo que respondió el ventero: “Este es un famoso titerero, que há muchos días que anda por esta Mancha de Aragon, enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso Don Gaiferos, que es una de las mejores y mas bien representadas historias que, de muchos años á esta parte, en este reino se han visto: trae asimismo, consigo, un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque, si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y, llegándosele al oido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las mas no yerra; de modo, que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde; quiero decir, si responde el amo por él, despues de haberle hablado al oido; y así se cree, que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y bon compañero, y dáse la mejor vida del mundo; habla mas que seis, y bebe mas que doce, todo á costa de su lengua, y de su mono y de su retablo.” En esto, volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vió Don Quijote, cuando le preguntó: “Dígame vuesa merced, señor adivino: ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales:” y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo: “Señor: este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes, algun tanto.—¡Voto á Rus, dijo Sancho, no dé yo un ardite por que me digan lo que por mí ha pasado! porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo por que me digan lo que sé, seria una gran necedad; pero, pues sabe las cosas presentes, hé aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo: ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene?” No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: “No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios;” y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y, llegando la boca al oido, daba diente con diente, muy apriesa; y, habiendo hecho este ademan por espacio de un *Credo*, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fué maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quijote, y, abrazándole las piernas, dijo: “Estas piernas abrazo,

bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados!” Quedó pasmado Don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió, diciendo: “Y tú, ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo! alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por mas señas, tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen por qué de vino, con que se entretiene en su trabajo.—Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada; y, á no ser zelosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que, segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro: y es mi Teresa, de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.—Ahora digo, dijo á esta sazón Don Quijote, que, el que lee mucho y anda mucho, vé mucho y sabe mucho. Digo esto, porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo Don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algun tanto en mis alabanzas; pero, como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno.—Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono, qué me ha de suceder en la peregrinacion que llevo.” Á lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los piés de Don Quijote): “Ya he dicho, que esta bestezuela no responde á lo por venir; que, si respondiera, no importara no haber dineros; que, por servicio del señor Don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora, porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer á cuantos están en la venta, sin paga alguna.” Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase, ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quijote con Sancho á un rincon de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dijo: “Mira, Sancho: yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio.—Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?—No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono, con que

gane de comer, y, despues que esté rico, le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto, el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas; que, las por venir, no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente; y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman *judiciarias*, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje ni zapatero de viejo, que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo, que preguntó á uno destos figureros, que si una perrilla de falda, pequeña, que tenia, si se empañaría y pariría, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. Á lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió, que la perrica se empañaría, y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué, que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los mas levantadores.—Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese á maese Pedro, preguntase á su mono, si es verdad lo que á vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó, por lo menos, cosas soñadas.—Todo podria ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo.” Estando en esto, llegó maese Pedro á buscar á Don Quijote, y decirle que ya estaba en orden el retablo; que su merced viniese á verle, porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono, le dijese, si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. Á lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y, puesto delante de Don Quijote y de Sancho, dijo: “Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber, si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas;” y, haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole, al parecer, en el oido, dijo luego maese Pedro: “El mono dice, que parte de las cosas que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte, verisímiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que, si vuesa merced quisiere saber mas, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntare;

que, por ahora, se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene.—¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva, era verdad, ni aun la mitad?—Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y, por ahora, baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que, para mí, tengo que debe de tener alguna novedad.—¿Cómo alguna! respondió maese Pedro; sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígoles á vuesa merced, mi señor Don Quijote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus credite, et non verbis*, y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho qué hacer, y qué decir y qué mostrar.” Obedecieronle Don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera, encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié, frontero del retablo, y acomodados Don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir, lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.